

briol: M. de Marcellange me dijo que se llevaria bien con su mujer si no fuese por Besson, y la doncella. Tambien me dijo que sentia no haber mandado hacer la autopsia de sus hijos, porque estaba seguro de que habian sido envenenados por órden de su mujer.

Un dia se hablaba de que Claudio Reinaud habia encontrado á Santiago Besson, en la noche del 1.º de setiembre, en los alrededores de Chamblas. Un molinero que se hallaba presente dijo: «Claudio callará, porque hay dos ó tres que le ajustarian las cuentas.» Claudio Gouy me dijo que yo era un mal testigo, que sabia muchas cosas y me las callaba.— «¡ Ah! le contesté, hago bien en callar; si hablase me *blanquearian* (matarian) como han *blanqueado* á ese pobre M. de Marcellange.» En efecto, como yo ando dia y noche por los caminos, debia temer cualquiera cosa.

En el dia de San Juan del año del asesinato, me dijeron que habian visto á Santiago Besson salir de la granja. Se lo conté á M. de Marcellange, quien me contestó: «¡ Ah! ya lo sé, no es la primera vez; le han visto antes de ahora; hacen que me venga á espiar.» Claudio Rifford me contó que Besson le dijo un dia: «M. de Marcellange hace de las suyas, pero ya le apearemos.»

*Claudio María Gouy*, propietario en Saint-Pierre-Reynac: Muchas veces tuve ocasion de ver á M. de Marcellange y hablar con él. Era un hombre muy apreciable, bueno, caritativo, y cuya pérdida sentirán todos en el país durante mucho tiempo. Algun tiempo antes de su muerte estaba comiendo en casa. Recayó la conversacion en la separacion entre él y su mujer. Echaba toda la culpa á su suegra, y se quejaba de que en la casa de Puy se dispensaba mejor acogida á Santiago Besson que á él. Nos dijo que los criados se negaban con la mayor insolencia á obedecerle, y aun le insultaban en presencia de aquellas señoras, quienes les estimulaban con su silencio. Nos refirió que un dia creyó que le habian envenenado y pasó toda la noche en unas convulsiones terribles.

*M. Teófilo Dionisio de Marcellange*, propietario en Cerilly: M. Luis de Marcellange me habló mas de una vez de las funestas disensiones que reinaban en su casa. Decia que la conducta de su suegra para con él era espantosa. Uno de los grandes motivos de queja que contra ella tenia, era que se hubiese apresurado á recibir bondadosamente á un criado á quien él habia despedido, y que un dia le amenazó con dispararle un tiro. El hermano de la víctima me habló de sus temores. Un dia me mencionó la comparación que hacia su hermano entre su posicion y la del desventurado Lafarge.

*Mariana Maurin*, encajera: En 1839, hácia el dia de San Andrés, fué á Puy, á casa de Mad. de Marcellange. La señora, á quien participé mi inquietud, me dijo: «He recibido una carta, pero no la he leído, y aunque supiese que M. de Marcellange, el coche y los caballos habian rodado á un precipicio, no me daria pesadumbre alguna.» (Movimiento.)

*Juan Bautista Florimond Paul*, canónigo de la catedral de Puy: Yo trataba con bastante intimidad

al difunto M. de Marcellange. Me habia confiado con frecuencia sus disgustos de familia, diciéndome que su suegra era quien tenia la culpa de todo. Sin embargo, un dia se quejó amargamente de la indiferencia de su mujer. Habia llegado de viaje, y algunos momentos despues de haber tomado alimentos preparados por los criados de las señoras, sintió violentos cólicos que le hicieron estar padeciendo toda la noche. Creyó que le habian envenenado, y habiendo manifestado sus sospechas á su mujer, esta le respondió: «¿Eso crees? No es nada. ¿Cómo pensar que eso sea posible?»

P. ¿No dijo que su mujer le habia parecido muy fria?

R. No señor; esa reflexion la hice yo, diciendo que hallaba muy fria la respuesta.

P. ¿No os refirió vuestra criada una frase?

R. Es muy desagradable, señor presidente, tener que recordar hechos tan poco positivos. No son mas que meros rumores.

P. Referid lo que hayais sabido por esos rumores.

R. En efecto, la frase de que se trata la supe por mi criada, á quien se la habia dicho la doncella de las señoras de Chamblas. Parece que dicha mujer declaró que, despues de un altercado, dijo á M. de Marcellange: «No es poca fortuna la vuestra en tener que habéros las con una mujer como mi señora. Si yo me hallase en su lugar, me tomara la justicia por mi mano.» Otra vez parece que María Boudon dijo á M. de Marcellange: «Tened cuidado, sois extranjero en el país y podria suceder que os ocurriese algo malo.»

P. ¿Sabeis si M. de Marcellange, en la época en que se vió obligado á separarse de su mujer, manifestaba frecuentemente el deseo de reunirse con ella?

R. Sí señor, con mucha frecuencia. Hace poco tiempo que un tal M. Delombre me refirió una conversacion que tuvo con la señora viuda de de Marcellange. Parece que esta le dijo: «Mataron á un guarda llamado Colombet, algun tiempo antes que á mi marido, y por mas averiguaciones que han hecho no han descubierto al autor del crimen.» Delombre respondió: «Pero aquel guarda era un ser aislado sin parientes, mientras que M. de Marcellange tiene un hermano, una hermana, una familia, que perseguirán al asesino. Si el crimen procede de un solo culpable, acaso no se descubra nada; pero si, segun se cree, es resultado de una trama, se descubrirá todo.» Parece que, cuando Delombre pronunció estas palabras, observó (son sus palabras) que madama de Marcellange se mostró *sombria, inquieta, como la caza parada por el perro.*

*M. Bac*: ¿No oyó el testigo unas palabras singulares pronunciadas por Mad. de Marcellange en el momento en que acababa de morir su último hijo?

*El testigo*: Sí señor, estas: «Tanto vale que ese niño haya muerto. ¡Cómo se hubiera educado!» (Sensacion.)

*El presidente*: ¿Continuásteis viendo á M. de Marcellange, asi como á su mujer, despues de su separacion?